das las épocas, de todos los siglos, de todas las edades: *Estaré con vosotros hasta la consumacion de los siglos:* ¿puede concebirse una mision mas extensamente temporal que la de la Iglesia?

Y cuando los tiempos se le rebelan, el Rey de los siglos no retrocede: antes de permitir que las turbas se apoderen de él, echa por tierra las turbas con solo decir: Yo soy el Salvador. Si el gobernador temporal de la Judea le dice que él puede salvarle ó condenarle, JESUCRISTO le responde: Tú nada puedes sino lo que mi Padre te permita: cuando su espíritu va á salir de su cuerpo, la luz se apaga y el tiempo queda á oscuras; el tiempo nada omitió de lo que le fue posible para anonadar el poder de JESUCRISTO sobre él; colocó su sagrado cuerpo dentro de un sepulcro; puso sobre el sepulcro una losa enorme y ajustada y la selló; rodeó el sepulcro de soldados, que á la vez representaban el ejército y el pueblo; en fin, el poder temporal desplegó allí todos sus recursos, JESUCRISTO los inutilizó todos: salió del sepulcro tan apacible, tranquilo y suave como la aurora sale del mar; dominó el tiempo con la misma facilidad que el sol domina las montañas; repartió á sus discípulos el cultivo cristiano de la tierra como el propietario reparte á sus colonos el cultivo de su heredad: llamó á un hombre, y le dijo: «En tí confio, tú serás mi «mayordomo, el administrador principal de mi reino, mi vicario:» y ¿qué reino va á ser el tuyo ¡oh nuevo Señor! un reino invisible? ¿una obra espiritual? espiritual é invisible en su economía interior, visible y temporal en sus efectos.

Habia sido inspirada á un Profeta esta palabra: «De Jacob saldrá «el que ha de dominar y arruinar las reliquias de la ciudad [1].» Jacob habia producido ya el dominador; natural era, pues, que del suelo de la tienda metitoria transtiberiana fluyese un raudal de aceite como «fluyó todo el dia sin cesar [2],» manifestacion elocuente de que el Ungido habia llegado, y el pueblo de los ungidos por él iba á derramarse por toda la tierra desde Roma.

Roma era, señores, la clave de la sociedad antigua; ella era el emporio de las artes, de las armas y de las leyes; ella reunia el imperio, el senado, las academias y el cuartel general del mundo; el mundo no se atrevia á levantar los ojos al cielo sin pedir permiso al Júpiter de Roma, ni á dar un paso adelante sin saber cómo lo juzgaria el César de Roma. Roma era la señora de los tiempos, por esto era llamada por antonomasia *la ciudad.*

JESUCRISTO, pues, confiando á su Iglesia la ruina de la ciudad le dió por mision transformar á Roma, porque era ella la capital del gentilismo y de los gentiles, enemigos de CRISTO. *Perdet reliquias civitatis*, quiere, pues, decir: «De CRISTO nacerá Constantino, em«perador cristiano, y otros como él, que convertidos á CRISTO, der«ribarán al gentilismo romano y perderán los restos de la ciudad y

[1] Num. XXIV. — [2] Eusebio.

«de su civilizacion, cristianizándola toda, sujetándola al Evange«lio: y siendo ella cabeza y señora del orbe, las demás provincias «y ciudades eliminarán tambien el gentilismo, y todo el orbe adora«rá y venerará al verdadero Dios [1].»

Pero dejando ya á un lado la parte teológica, profética y simbólica del extraordinario poder de la Iglesia, ocupémonos algunos momentos de su historia y filosofía, ó mejor, de su filosofía de la historia.

III.

No hay senda cerrada para el sacerdote del Dios del universo; en todos los caminos del espacio y del tiempo se encuentran las etapas de la verdad. Dios, que todo lo ocupa, ostenta por todas partes los destellos de su inmarcesible gloria. Los incrédulos al descubrir una nueva mina de tesoros materiales de inteligencia se alegran, enloquecen y exclaman: «Hé ahí una creacion del hombre, esto «es, de la humanidad, aquí no se permite la entrada á Dios.»

«No se permite la entrada á Dios!» dicen, y entran, pero no pueden internarse mucho sin que la suspicaz observacion descubra las huellas de la Divinidad; entonces se levanta del insondable abismo de la nueva mina una voz majestuosa y tremenda que dice al filósofo: Por órden de Dios que está adentro, detente! Quiero decir, señores, pero quizá he sido demasiado difuso en expresarme, que la filosofía de la historia, en la que la incredulidad tenia grandes esperanzas, ha sido un medio admirable de difundir y solidar las creencias católicas, porque usando una expresion de Tertuliano: «la obra de Dios llena los tiempos; la justicia, que primero estuvo «en sus rudimentos, que llegó á su infancia por medio de la ley y «de los Profetas, y á su juventud con el Evangelio, obtuvo su ma«durez con la difusion del Espíritu Santo [2].» El sacerdote encontrará provechosas consideraciones con que apoyar su doctrina en este ramo de la ciencia que se llama filosofía de la historia; yo me valdré de ellas para demostrar el extraordinario poder de la Iglesia.

He dicho que cuando el Verbo descendió, Roma era la clave de la sociedad, la señora de los tiempos; conviene explanar esta idea para desvanecer en su desarrollo algunos errores que aminoran la importancia del triunfo de la Iglesia cristiana sobre la civilizacion romana.

Roma era la síntesis de las grandezas naturales; el hombre agotó en su constitucion el poder, la sabiduría y las dotes que le eran propias.

Voy á emitir una comparacion atrevida; al examinarla no olvideis que dejo en salvo la infinita distancia que separa sus dos tér-

[1] A Lapide, in Num. — [2] Tertuliano, de virg. velan.

minos. El verbo del hombre hizo en el Capitolio su obra maestra, como el Verbo divino hizo su obra maestra en el Cenáculo; la obra maestra del Verbo divino fue la institucion eucarística, por ella el hombre obtuvo en una hostia todas las virtudes del cielo y de la tierra; el Verbo de Dios, despues de haberla realizado dijo: «No sé «ni puedo hacer mas.» La obra maestra del verbo humano fue la constitucion de aquella ciudad á la que los grandes sábios consagraron sus doctrinas, los grandes legisladores su política, los grandes capitanes su valor y su táctica, los grandes tribunos su elocuencia, y los dioses todos del mundo sus altares. El hombre no ha podido ni sabido hacer mas de lo que hizo en Roma, de modo que la civilizacion independiente del cielo no podrá ser sino la reproduccion desfigurada de una de las tres fases de la historia romana.

Tales son las sumas de las instituciones de los dos verbos, y en estilo de san Agustin, hé ahí las dos ciudades ó civilizaciones, la de Dios, la del hombre.

Jesucristo era la causa y la suma de las bellezas del universo, todas estaban en su persona; por esto entregando su persona á la Iglesia le dijo: Yo te entrego el pan de vida. Á su modo el hombre reunió en Roma el universo moral y físico; llevó á ella la filosofía de la Grecia, el comercio de la Fenicia, los derechos de la Esparta, quiso que todos los países de la tierra se llamaran sus hijos, para tener el orgullo de tratar como á sus ciudadanos á hombres de todas las razas. Ni se dió por satisfecho con todo esto el romano; no era bastante glorioso llamar hijos á los bárbaros, quiso llamar tales á los dioses; era poco para Roma ser capital de la tierra, aspiraba á serlo del cielo, y no léjos del Senado elevó un panteon, y «ya «nadie pudo contar los dioses indígenas y extranjeros, celestes, «terrestres, marítimos, fontesinos y fluviales, y segun Varron, «unos ciertos, inciertos otros, machos y hembras, que tomaron la «presidencia de Roma [1].»

Entremos, señores, un momento en el famoso Panteon, obra estupenda del loco orgullo romano; nos servirá de guia para su rápida inspeccion la página de un libro que no creo conveniente citar aquí sino por la viveza y exactitud de sus descripciones [2].

«Roma parecia buscar como por presentimiento la unidad de Dios; «pero queria encontrarla arrojando todos los cultos ya cadavéricos «en el Panteon. Yo muchas veces me he imaginado allá en ensue«ños el Panteon. Al lado de los dioses sabinos, ligeros como la es«puma del Tíber, móviles como las ondas de los lagos itálicos, al «lado del chavors, el pelasgo representado por una larga y vibrante «lanza; dos genios latinos, genios hermafroditas, amando siem«pre, pero siempre infecundos y estériles, últimos vástagos de

[1] S. August. de Civ. Dei. — [2] *La civilizacion en los primeros siglos del Cristianismo.*

«aquella larga dinastía de divinidades paganas; al lado de la seve«ra aristocrática Rhea etrusca, de los lares del sacerdocio y el patri«ciado del dios Espanto inventado por los señores para poner miedo «en el ánimo de los plebeyos, dios con los ojos centelleantes de ra«bia y la boca entreabierta, mostrando la garganta oscura como in«sondable abismo, y los cabellos esparcidos y entrelazados con las «serpientes y bastones augurales; al lado de todas estas divinidades «severas y sombrías como el genio de la antigua Roma, se levanta «el olimpo griego traido en los carros triunfales por los grandes «conquistadores, olimpo hermoso y riente, impregnado en los divi«nos cánticos de los poetas, olimpo que encierra á Júpiter reclinado «en su trono de nubes, apoyado en su águila con el rayo hirvien«do en las manos y la eterna luz de una eterna aurora en la frente; «á Juno con el íris á sus plantas y el pavo real tan hermoso como «el íris á su lado, á Vénus naciendo en la marina concha con los «labios humedecidos por las ondas del mar de Chipre, con sus ojos «centelleando como los rayos de la primera estrella que nace en la «tarde, una eterna alegría; á Apolo, pulsando su lira áurea como «el sol; y al lado de todo aquel olimpo que simboliza la religion del «arte y de la hermosura, se levánta el Indra oriental, pastor de «blancos piés como las nubes que rozan las montañas, armado de «flechas con el arco azul en una mano y en la otra la copa llena de «rocío recogido al nacer la mañana en los bosques; Indra, que «preside todo el cortejo de las divinidades asiáticas; el Toro persa con «las diademas de brillantes, los serafines medos con sus cuerpos «de leopardos y sus caras de ninfas, la alada serpiente frigia que «exhala el huracan de sus fauces; Milhra, el pastor de los ojos de «oro, dios de los hechiceros; el cocodrilo, dios del rio; la leona, diosa «del desierto; el águila, diosa de los vientos; los genios fenicios, bar«queros de las estrellas; Tola, diosa asiria, sentada en un leon, espe«luznando con la cabeza coronada de torres y la garganta ceñida de «un collar de estrellas, y allá en un rincon del gran templo los «dioses venidos al nacer el imperio, dioses que habian nacido en «las orillas del Nilo, donde se celebraban los misterios de la mágia, «los últimos delirios que agitaban la agonía del dios Naturaleza; el «Júpiter Amon aterido de frio, sentado junto á su mujer Asthor, «que está tejiendo incansable un velo de tinieblas, antes que le «falte la luz de los ojos, triste velo que va á ser el negro sudario «de todo el paganismo.»

En el libro de la Ciudad de Dios de san Agustin se encuentran algunas páginas, en las que sin duda el poeta que escribió las anteriores se habia inspirado: «Ahí estaba, dice, la diosa *Agenonia* en«cargada de excitar la actividad de los romanos; la diosa *Estímu«lo*, encargada de excitarles el espíritu de emulacion; la diosa *Mun«cia*, encargada de absorber sus fuerzas; Lucina la protectora de «las mujeres en la hora del parto; Opi la diosa de los recien na-

«cidos; el dios *Valicano*, que era el de los gimientes; los postrados «se acogian al monte de la diosa *Lunia*, los lactantes bajo el de la «*Rumina*; el dios *Stalieso* era el númen de los permanentes; la dio«sa *Adeona* el de los ausentes, y la diosa *Abeona* el de los presentes; «*Mente* regulaba las inteligencias, y *Volumna* las voluntades: allí «habia dioses nupciales encargados de arreglar los asuntos de bo«das, y los agrestes proveedores de los campos: *Marte* y *Bella* ins«piraban á bien guerrear, *Victoria* á vencer; el dios *Honor* soste«nia el carácter, y el dios *Pecunia* inspeccionaba las riquezas; *Escu«lano* y *Argentino* proveian las arcas de plata y bronce[1].»

Esta reseña tiene por objeto manifestaros, señores, cuántas eran las pretensiones del imperio romano, cuál la lozanía de una civilizacion que habia nombrado ciudadanos suyos á todos los hombres de presente y de porvenir, y que habia elevado á la categoría de dioses todos sus afectos. Roma aspiró á la universalidad, y llegó á constituirla á su modo; pensó que la universalidad le bastaria, porque es á lo mayor que el hombre y el pueblo pueden aspirar, pero no calculó bastante.

La universalidad no es sino una parte de dominio, y el dominio perfecto tiene tres partes; las dos que Roma no alcanzó, y que jamás alcanzarán el poder y el verbo humanos, son la intimidad y la unidad.

Ved ahí por qué cuando Roma pensaba haber alcanzado su destino, poseyendo el Senado y el Panteon, hubo de reconocerse convertida en una especie de Babilonia; tanta era la algarabía movida por los dioses y los senadores. Allí se hablaban todos los idiomas; mas como ninguno era el idioma del universo, resultaba confusion de lenguaje; faltaba el idioma universal; habia el universo, faltaba la unidad. Júpiter y César, que se preparaban para declarar constituida la civilizacion, tuvieron que confesar la equivocacion de sus cálculos: Júpiter esperaba con una diadema celestial en la mano para ceñir la frente de Roma, declarándola obtentora de la última victoria; en la mano de César estaba el ánfora en la que hubiera quemado todo el incienso del agradecimiento y adoracion suprema de Roma á Júpiter; los dioses se preparaban á bajar, los senadores á subir al Capitolio, para ser testigos del *consummatum est* del verbo humano. La civilizacion no compareció al llamamiento. Júpiter y César se miraron sorprendidos, viendo ocupar el espacio destinado á la civilizacion á un semillero de vicios degradantes y una tempestad de pasiones furiosas; entonces el incensario cayó de las manos de César y la corona de las manos de Júpiter: *erravimus à via*, esta palabra fue oida en vez del *consummatum est* que se esperaba. Acababa de sonar la hora en que una nueva estrella debia roientar, y un nuevo niño nacer: «La imágen consagrada á Rómulo

[1] Civ. Dei, c. 4.

«y Remo cayó; los caractéres del texto de las leyes grabado en una «de las columnas del Capitolio, espontáneamente se confundieron «haciendo imposible su lectura, mientras algunos rayos del cielo «fundian algunos ídolos; el Senado empezó á temblar, y en la con«ciencia de todos los que le constituian estaba que no era justo y «no podia ser duradera la marcha de su política; previóse que la «idolatría iba á caer, y que el imperio de Roma habia llegado con «ella al fin de sus dias[1].»

Pocos años tardó á llegar á Roma el que debia establecer en ella el reino de la *felicidad*, aspiracion suprema, á la cual por una de aquellas anomalías que la Providencia dispone en la historia, á fin de que brille su poder, la fiebre creadora de la idolatría romana no habia soñado en consagrar altar ni ara. El que iba á constituir allá el centro de la civilizacion cristiana, se presentó pobre y débil, así como siglos antes se habia presentado Rómulo á echar los cimientos de la civilizacion romana. Una sola diferencia es de notar entre Pedro y Rómulo; Rómulo encontró un terreno despoblado, ó hubo de actuar sobre un pueblo reducido, sin ideas ni organizacion, fácil de sujetar; Pedro tenia ante sí, ó mejor sobre sí, la constitucion mas fuerte de la historia, un pueblo que habia nombrado protector de su fuerza á Hércules, protector de sus armas á Marte, guia de sus pasos á Júpiter; la política, el ejército, el pueblo, habian enlazado sus destinos con los de una divinidad; si el proyecto de Rómulo fue atrevido, el de Pedro debe ser calificado á lo menos de loco.

Sí, humanamente era una locura que un pescador, con un puñado de hombres de su categoría, abrigara la confianza de trastornar una constitucion social que habia sufocado las rebeliones de los pueblos, y que estaba dispuesta á construir un coliseo inmenso para formar un lago de sangre enemiga.

Sin embargo, la pequeña sociedad de Pedro pudo mas que la gran sociedad de César; dos encíclicas de un Papa que se albergaba en las catacumbas bastaron para desautorizar todos los sistemas filosóficos que se conocian, y el espectáculo de la muerte de algunos cristianos convenció á los meditabundos, que la idea por la cual ellos morian, era la que el mundo buscaba desde cuatro mil años.

No os recordaré el período constituyente de la Iglesia, sus hechos con el imperio, los sacrificios y las virtudes, que admiraran á los mismos Ángeles; en tal caso reproduciria el cuadro que mas de una vez habeis visto, que teneis grabado en el fondo del corazon; únicamente sacaré de la historia, que ya sabeis, dos grandes consideraciones.

Primera, un poder que por el espacio de tres siglos sacrifica los confesores de una doctrina adversa, es un poder fuerte; la socie-

[1] Tradicion popular consignada por Dion.

dad que vence las persecuciones de tres siglos, es mas fuerte que aquel poder.

Segunda, no fue la muerte natural del paganismo la que dió vida á la Iglesia cristiana; el paganismo no murió en el siglo I ni en el siglo III, todavía no ha muerto: ¿por qué no domina? porque la Iglesia le sujeta.

Que el paganismo no ha muerto ¿tengo necesidad de probarlo? El abate Gaume, en una obra cuyo espíritu puede muy bien admitirse, salvas ciertas observaciones de detall, ha demostrado no solo la vida sino la propaganda del paganismo en la sociedad moderna. Y el P. Ventura de Ráulica, ante cuya autoridad no será jamás vergonzoso inclinarse, se ocupa del predominio del paganismo en la revolucion francesa, en términos que no puedo dispensarme de citar, porque son una especie de demostracion matemática de la vida pagana: «Se ha dicho que hay cosas buenas en los principios «de 1793. Lo que hay en ellos, bien pensado, una de las razones «*ocultas é instintivas* que produjeron vuestra gran revolucion, no «fue mas que la impaciencia de una sociedad cristiana en suportar «el yugo del centralismo ó del absolutismo pagano, que desde hace «dos siglos se le habia querido imponer. La desgracia fue que es«ta idea inspirada por el sentimiento cristiano de la dignidad del «hombre no fue realizada sino por paganos de la peor especie, «los cuales, despues de formularlo en algunos artículos, lo des«mintieron é imposibilitaron ellos mismos en otros artículos de «su famosa declaracion. En efecto, al lado de los principios que el «Cristianismo habia acreditado hacia mucho tiempo *de la igualdad «de todos los hombres ante la ley y de la abolicion de los abusos pri«vilegiados*, establecieron el principio pagano de *la omnipotencia «del Estado*, esto es, decretaron la abolicion de las provincias, del «municipio, y aun de la familia, y la confiscacion de los derechos, «de las propiedades y de la libertad de todos en provecho del Esta«do; ó lo que es lo mismo, reemplazaron el absolutismo de uno so«lo con el absolutismo de un pequeño número de hombres, dicien«do ellos tambien: el Estado somos nosotros [1].»

Todo esto tiene por fin recordaros que la fuerza de la constitucion y progreso del Cristianismo no es producto de circunstancias dadas, que la Iglesia no luchó con un cadáver, sino con una fuerza activa y preponderante, con el paganismo, que no solo no estaba muerto cuando ella nació, sino que no ha muerto todavía hoy, á pesar de la cadena de triunfos con que la Iglesia le tiene aherrojado.

Y lo mismo digo respecto á todas las formas disidentes que han aparecido posteriormente á la venida de JESUCRISTO; yo las reduciré á dos, no siendo las demás sino ramificaciones de ambas: el ar-

[1] P. Ventura, Discurso IX sobre *El poder político cristiano.*

rianismo y el protestantismo; tales son los lemas escritos en las banderas de los enemigos, en los combates, que si me lo permitís llamaré las guerras intestinas del reino de Dios.

«El arrianismo puso en disputa el cimiento y la esencia del Cris«tianismo, porque negaba la divinidad de JESUCRISTO, divinidad «que es todo el Cristianismo; á Arrio le sostuvieron en su herejía el «racionalismo y el espíritu de corte; el racionalismo que natural«mente convenia á sustituir la divinidad por un filósofo; el espíri«tu de corte, que se espantaba de la cruz, y que creia alejar de sus «espaldas el peso de ella, transportándola de un Dios á un hombre. «Esta combinacion puso á la Iglesia al borde de su ruina, si me es «lícito expresarme así; ó juzgar las cosas por la apariencia, y olvidar «que el Cristianismo tiene en sí una potencia infinita de dilatacion «que conserva siempre, aun cuando la débil vista del hombre le «cree aniquilado, como si en la insensible unidad de un punto ma«temático no pudieran apoyarse muchos enteros. Pero sin valernos «de expresiones que pudieran ser interpretadas en el sentido de «que olvidamos la inmortalidad de la Iglesia, es cierto que los pro«gresos del arrianismo fueron inmensos, y que despues de haber «corrompido una parte del Oriente, amenazaba al Occidente por «medio de los bárbaros, los cuales le llevaban su espíritu con sus «armas [1].»

Por lo que veis, señores, el arrianismo se apoyaba en una escuela filosófica y en un sistema político, habia venido á parar en una cuestion entre el Oriente y el Occidente; nadie, pues, desconoce la fuerza y los recursos de que disponia, humanamente era un gran poder. Pero la Iglesia se levantó contra él en el concilio de Nicea, y mientras iba extendiéndose el rumor de *el orbe es arriano*, el Pontificado dijo, en la persona de Liberio: «Yo venceré el orbe.»

Para apreciar todo el valor de la victoria de la Iglesia sobre el arrianismo, debe recordarse la fecundidad de este, la cual era tanta, que dió á luz, no diré la civilizacion, debo decir, la barbarie musulmana. Cuando la Iglesia hubo desvanecido el espíritu del arrianismo con los escritos patrológicos y las definiciones de los concilios y las decisiones pontificias, quedó en la tierra su cuerpo: el arrianismo sin espíritu es el mahometismo, cuerpo colosal, que arrojado, como en despique, por el genio arriano, sobre la sociedad cristiana, la conmovió; pero era un cuerpo sin alma, era un cadáver, su corazon estaba podrido, su porvenir no podia ser sino la disolucion. Sin embargo, fue un poder que amenazó la Europa, fue un poder que la Iglesia combatió, fue un poder que la Iglesia venció.

Otra fórmula poderosa ha venido á levantar su escuela frente á frente la cátedra católica, la protestante. El protestantismo, admi-

[1] Lacordaire, Conferencia sobre *La vocacion de la nacion francesa.*

tiendo la divinidad de JESUCRISTO, que no quiso admitir el arrianismo, ha dado una especie de divinidad al hombre, estableciendo un comunismo exagerado entre la unidad divina y la sociedad humana. Él ha tenido á su disposicion el poder intelectual, pues que muchos sábios, mal avenidos con la humildad que la Iglesia prescribe, pusieron á sus órdenes sus conocimientos y sus plumas; el poder político, porque la Alemania y la Inglaterra le ofrecieron sus espadas y su diplomacia; el poder popular, porque tolerando y fomentando las pasiones, las masas hambrientas de gozar se han declarado sus adictas; pues bien, la Iglesia de Dios no se ha espantado ante esta confederacion de poderes, ha dicho: «Mi poder les «domina, yo puedo mas que ellos,» y los ha vencido tambien. El protestantismo hoy es ya una escuela histórica.

Hoy tenemos muy organizado el poder de la revolucion atea: ¿le vencerá la Iglesia? señores, ya le ha vencido. Os he dicho, apoyado en la autoridad de los grandes hombres, que la revolucion anticristiana no es sino una reminiscencia pagana, por lo que, si la Iglesia ha vencido al paganismo en su principio, y en su doctrina y en su espíritu, es claro que ha vencido tambien á la revolucion.

Tales son los hechos; esta es la historia. ¿Cuál es su filosofía? ¿De qué medios se vale Dios para asegurar el ejercicio y las grandes manifestaciones del poder que comunica á la Iglesia? Dándole un espíritu fecundo de unidad y de intimidad.

El poder del hombre ni siquiera sueña en realizar la unidad; agrega, confedera, compagina, no une; en la rama pagana se ve una agregacion extraordinaria de elementos, no se ve unidad. El cálculo, la necesidad, hé ahí el fundamento de todo. Estaba reservado á la Iglesia católica proclamar la unidad: los romanos no esperaban esta palabra que Pablo les dirigió: «Nosotros aunque sea«mos muchos formamos en CRISTO un solo cuerpo, siendo todos «recíprocamente miembros los unos de los otros [1].»

Para establecer la unidad social, el Cristianismo persuadió el reconocimiento de la unidad de Dios, unidad de la que lógicamente se deduce la unidad de altar, la unidad de víctima, la unidad de sacerdocio, la unidad de leyes, la unidad de costumbres, y en esto resplandece el carácter divino de la sabiduría de nuestra Iglesia. Dios, tipo y perfeccion del poder, para dominar la humanidad la hizo una; el enemigo para impedir que la humanidad fuese por Dios dominada, la dividió; la Iglesia, á fin de que Dios recobrara su dominio, la volvió una. Por eso la Iglesia borró todas las distinciones, no vió mas que hijos, ó mejor, miembros de un mismo cuerpo, hijos de un mismo espíritu.

Pero la unidad no podia ser fecunda en la universalidad, si la

[1] Rom. XXII.

Iglesia no tomaba posesion de *todo el hombre* al mismo tiempo que de *todos los hombres*.

Las grandes agregaciones sociales, basadas en la conveniencia, en el cálculo y en la fuerza, no ejercian influencia alguna sino en el exterior, habia pueblos voluntariamente adheridos y los habia sujetado violentamente; pero el Cristianismo, proponiéndose la unidad, no debia contentarse con la organizacion de la muchedumbre, debia aspirar á la simpatía de los indivíduos, el reino de la Iglesia no debia ser de superficie sino de intimidad. Ved por qué la táctica de la Iglesia fue diametralmente opuesta á la del paganismo; este sujetaba al indivíduo para organizar la sociedad, aquel organiza la sociedad perfeccionando el indivíduo. Por esto, ni en la sociedad antigua, ni en la moderna, fuera del Cristianismo encontraréis la religion pura del espíritu; ninguna ley humana penetró hasta la conciencia; si Adan la emancipó, ¿qué hombre tenia derecho á sujetarla? Este derecho solo pertenece á Dios. La unidad de Dios es la única base posible de la unidad social, pues solo admitiéndola la ley alcanza la intimidad del hombre.

Escuchad, señores, algunas frases que sobre *la autoridad moral é infalible de la Iglesia* emitió el eminente orador que os cito con alguna frecuencia, porque merece vuestras simpatías:

«El hombre puede corromper la ciencia, segun expresion de Ba«con, por lo que necesita una garantía que le fije en sus deberes; «un mediador incorruptible entre el entendimiento y la voluntad, «mediador que ya le estais señalando, señores, es la virtud. Por«que la voluntad no empuja la ciencia hácia la ilusion sino en be«neficio de los sentidos y del orgullo, y siempre que la virtud cor«rige la ciencia y la ciencia ilustra la virtud, brota en el alma un «resplandor celestial.

«Ahora bien, la Iglesia no solo posee la virtud, como mediadora «entre la voluntad y el espíritu, á manera de un aroma extraño, «que purifica la ciencia, sino que su doctrina misma es esta virtud. «Las verdades que componen su tejido no son puras especulaciones, «son verdades que llevan tras de sí una multitud de consecuen«cias morales, terribles á la naturaleza. La cruz, la renuncia de sí «mismo, la penitencia, tal es el fin del Cristianismo y el resultado «de su accion perseverante. Ser crucificado con JESUCRISTO para vi«vir con JESUCRISTO, hé ahí lo que su Iglesia no cesa de predicar en «todas sus enseñanzas, en todos sus símbolos, en todas sus cere«monias, es decir, que está en contradiccion constante con el mun«do y con la naturaleza caida. Es ya una virtud reconocer sus vir«tudes: ¿qué virtud será practicarlas? No somos unos académicos «que en el silencio del gabinete perfeccionan descubrimientos úti«les al bien de la humanidad, y en seguida los llevan con fausto á «las reuniones públicas, en las que los palmoteos, las pasiones y «los honores les indemnizan de sus sudores y de sus vigilias. La

«verdad que nosotros llevamos á los hombres sale de un corazon «martirizado, sale del pié de la cruz; esta verdad dice que el cora«zon del hombre es un abismo, que es preciso purificarle con una «austera penitencia. Procede de la sangre y pide sangre, y si tratá«seis de poner en duda su pureza, os responderia: ¿y cómo podria «dejar de ser pura si ha nacido crucificada?»

Dirijamos ahora la vista á las religiones no cristianas, y á las sectas cristianas. ¿Cuál de ellas posee la certidumbre moral? Las religiones paganas, como sabeis, son religiones de placeres é ignorancia. Conoceis á Mahoma; al mismo tiempo que imposibilitaba la ciencia, destruia la moral y legaba á sus discípulos costumbres infames y esperanzas eternas tan infames como sus costumbres. Si pasamos á las sectas cristianas, tienen el bien en su seno, solo porque conservan alguna relacion con JESUCRISTO; sin embargo, su virtud no es de sacrificio como la de la Iglesia.

«La virtud católica destruye el orgullo en su raíz, mientras que «el protestantismo le deja en pié, concediendo tanto valor al crite«rio individual. Para sensibilizar mas esto pongamos un ejemplo. «Subsiste en Europa un imperio que cuenta á lo menos sesenta mi«llones de súbditos; sus pueblos son cristianos, y no se diferencian «de nosotros sino por la ruptura de la unidad; este imperio contie«ne dos elementos: uno es civilizado, otro bárbaro, y este es admira«ble por su fuerza. La nacion es naturalmente piadosa, y sin em«bargo, con sus sesenta millones de hombres, con sus recursos de «civilizacion y de barbarie, con su Cristianismo, el imperio ruso «no ha podido producir todavía una hija de la Caridad, y ni él ni to«das las potencias protestantes podrán producirla. ¿Por qué? es que «para amar hasta cierto grado, es preciso una fe profunda, no basta «una razon que sepa discutir, necesítase una que sepa adorar, abis«marse, anonadarse; jamás los protestantes, con su virtud de hom«bres de bien, llegaron al entusiasmo que exige el amor [1].»

Puedo retirarme por hoy: he acabado de perfilaros el reino de la Iglesia; comparadlo con otros reinos. Él se asemeja al imperio romano en la universalidad de sus súbditos, pero le aventaja en la unidad de su espíritu, de su ley, de su Dios, y en la intimidad que su Dios, su ley y su espíritu alcanza en el indivíduo y en la sociedad.

UNO, SANTO, CATÓLICO.

Hé ahí el reino de la Iglesia: todo poder es pequeño á su lado; en la Iglesia reside, pues, la suprema manifestacion del poder.

[1] El P. Lacordaire.

CONFERENCIA DÉCIMACUARTA.

De los combates contra el poder temporal de la Iglesia.

Luchas de la revolucion y de la serpiente contra María y la Iglesia.

I. Bajo qué punto de vista puede afirmarse que la Iglesia está compuesta de niños.—Virilidad de los que la combaten.—Qué significa que los hombres del poder, del saber y del influjo no puedan triunfar de los niños del Cristianismo.—Los soberanos, filosofía de su oposicion al Pontificado.—Creacion de la soberanía de la conciencia.—Teorías cristianas sobre la dependencia de toda soberanía.—Lo que el Cristianismo ha quitado y lo que ha añadido á la soberanía.—Balance de los intereses de la soberanía en el órden pagano y en el cristiano.—Oposicion de los sábios y de los genios al Cristianismo.—Sus causas.—Esperanzas vanidosas desvanecidas por su oposicion.

II. La revolucion filosófica y la popular, comparacion de algunas máximas sociales del espíritu católico con otras del espíritu revolucionario.—Exámen detenido de los principios revolucionarios.—*El sacerdote tiene su mision en el templo, no en la tierra.*—JESUCRISTO *vino á reformar las conciencias, no la historia.*—Absurdos y contradicciones envueltos en estos principios.—Un cuadro bíblico reproducido en todas las edades cristianas y explicativo de las tendencias revolucionarias.—Aplicacion de las anteriores teorías á las posiciones actuales de la revolucion y de la Iglesia.

III. Conclusion.

Si la Iglesia no hubiera tenido que luchar con las insidias de la revolucion, le hubiera faltado un punto de semejanza con la inmaculada Vírgen María, la cual tuvo que luchar con la serpiente y venció sus asechanzas.

La serpiente que está á los piés de María simboliza la revolucion que está á los piés de la Iglesia: María, elevada sobre el globo terráqueo, es la hermosa figura de la Iglesia que domina las cinco partes del mundo.

Hoy debemos preguntarnos el por qué de esta lucha entre la serpiente y María, entre la revolucion y la Iglesia; debemos examinar el plan que la revolucion tiene en desvirtuar el carácter temporal de la mision católica.

La luz de esa corona refulgente con que el Padre adorna las cán-